

Pluralismo

De la
discrimi-
nación a la
mutua
aceptación

La democracia venezolana comienza a institucionalizarse con un acto premeditado de limitación del pluralismo. El Pacto de Punto Fijo excluyó al Partido Comunista de Venezuela. Medina lo había legalizado el año 44 como lógica consecuencia de su proyecto modernizador y presionado por USA, que de ese modo reconocía a su aliado en la Guerra Mundial. Como entonces en Europa, también en tiempo de la dictadura perezjimenista en Venezuela, los comunistas trabajaron en la clandestinidad para el resurgimiento de la democracia. Por eso estuvieron representados en la Junta Patriótica. Pero derrocado el dictador, pasada la euforia del momento y en trance de estabilizarse la situación, fueron dejados de lado. A nivel mundial eran ya los tiempos de la guerra fría y para USA no era confiable una democracia con los comunistas dentro. A nivel latinoamericano Cuba se alzaba como una bandera discutida exigiendo definiciones. El Pacto de Punto Fijo no excluía a los comunistas del marco legal sino del poder. Ellos picaron el anzuelo y se lanzaron a conquistarlo fuera del marco legal. Eso sirvió para decantar las fuerzas y definir la democracia como una alternativa frente a Cuba con el apoyo entusiasta de los EE.UU. de Kennedy, de nuestras Fuerzas Armadas, de Fedecámaras y de la Iglesia Católica. A fin de la década la democracia venezolana estaba suficientemente afianzada como para admitir en su seno a la izquierda democrática. También la izquierda derrotada anhelaba sinceramente esa oportunidad y en tiempo de Rafael Caldera se inicia legalmente el pluralismo. Esta apertura fue mirada con recelo por parte de las Fuerzas Armadas, fue combatida por la jerarquía eclesiástica en su carta colectiva Iglesia y Política (14-7-73) en plena contienda electoral y sobre todo fue demonizada por ciertos medios de prensa y sobre todo televisivos a través de una vasta campaña premeditadamente calumniosa. A pesar de eso el pluralismo no sólo se ha mantenido sino que se ha normalizado. Si la izquierda se ha evaporado no se debe sobre todo a las maquinaciones del sistema (que las ha habido, persistentes, sobre todo en los medios policiales, sindicales y de opinión) sino a la inconsistencia de la propia izquierda. Sin embargo no nos parece verosímil que las Fuerzas Armadas permitieran hoy el triunfo de un candidato de izquierda, aunque no tanto por razones ideológicas cuanto por temor fundadísimo a rendir cuentas de su gestión económica.

Entre la
permissividad
y el
pluralismo

No estamos muy seguros de que nuestra sociedad sea hoy más pluralista que en tiempos de Caldera o Pérez; pero si no lo fuera no había que achacarlo tanto al sistema político cuanto el embate ideológico inducido desde USA que encuentra en nuestro país notorias cabezas de puente, entre las que no podemos dejar de mencionar al grupo Cisneros. Pero sobre todo advertimos una marcada propensión a la autocensura en los medios de comunicación, que expresa una baja difundida en el coraje cívico.

Muchas personas cualificadas y dignas se desentienden de la marcha de la cosa pública para confinarse en reductos más permeables a una acción fecunda o incluso para reducirse a la vida privada en una especie de ostracismo desencantado.

Sin embargo pensamos que el pluralismo sí se va consolidando en esos reductos que ofrece hoy nuestra sociedad civil, cada vez más internamente diferenciada. El pluralismo se contrapone en este caso tanto a la homogeneidad cuanto a la disgregación. Es diversidad dialogada, incluso conservada. Esto último es lo que todavía falta en buena medida, aunque la federación de asociaciones de vecinos y otros similares están abriendo caminos en esta dirección. Porque pluralismo no es lo mismo que permissividad que nace del desinterés y se acaba donde se tocan los intereses propios o de la institución.

Iglesia -
Mundo:
del anatema
al diálogo

En este contexto la Iglesia Católica también va transitando en este tiempo de la democracia el difícil camino del pluralismo. Su punto de partida, el proyecto pastoral de Restauración de la cristiandad, postulaba el más rígido monolitismo: no sólo un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios y Padre sino también un solo catecismo, una sola opción política, una sola opinión filosófica, una sola ubicación en el espectro social. Por circunstancias históricas explicables, era una Iglesia a la defensiva que

basaba su fortaleza en la homogeneidad ritual, doctrinal y disciplinaria y en la aplicación no deliberante de las directrices superiores. Teníamos esto tan internalizado que casi no era necesario inculcarlo y así se vivía con una impresión de espontaneidad.

El proyecto de instaurar una Nueva Cristiandad tal como se vivió entre nosotros no supuso una ruptura con este estilo. Pudo solaparse perfectamente con el anterior ya que, dejando intocados los aspectos antedichos, se aplicó a ocupar un área hasta entonces no ocupada sistemáticamente: el mundo, es decir el área profesional, cultural, social y política, para introducir en ella los valores evangélicos.

Y sin embargo, a la larga, de este diálogo con el mundo vino la diversidad a nuestra Iglesia tanto de la asimilación del diálogo institucionalizado entre la Iglesia y el mundo que constituyó el Concilio Vaticano II, como del diálogo concreto instaurado en nuestro país tanto con el pueblo por aquellos que habían ido a él bajo el esquema de la promoción popular, como el diálogo con la juventud estudiantil que en nuestro país se llevó a cabo con verdadero fervor y en gran escala, como el diálogo con lo que Puebla llamaría precisamente los constructores de la sociedad pluralista.

Del monolitismo al pluralismo

A fin de la década del 60 afloró una de las consecuencias obvias de la autenticidad de ese diálogo: los interlocutores cristianos habían cambiado en algunos de sus puntos de vista y en su sensibilidad. Este cambio ensayaba expresiones que alarmaban cada vez más a los que no habían entrado en ese proceso. Inevitablemente el diálogo con el mundo tenía que revertir al interior de la institución eclesial. En nuestro país no se abrieron cauces. Los primeros tímidos intentos de forzarlo recibieron respuestas tan contundentes que inmediatamente se cerró esa etapa.

La década de los 70 se inicia con esa impresión de desmantelamiento de grupos y movimientos. Entonces se abre el camino de construir una verdadera novedad, no tanto sentida, proclamada y en procura de poder, sino acontecida como transformación personal y de relaciones pastorales, como espiritualidad. Muy en pequeño, pero una verdadera eclesiogénesis en un verdadero proceso de iniciación. Conforme avanza la década este proceso gana en tensión y profundidad, hasta que emerge, sobre todo con motivo de la preparación de Puebla. En la década de los 80 este proceso se institucionaliza y expande en pacífica posesión de su eclesialidad. Los sucesos de Petare marcaron su aceptación jerárquica a los ojos de la nación. A comienzos de los 70, quince años antes, ante el caso Wuytack el cardenal reaccionó de otro modo. Es otro cardenal y otro caso. No pasaron en balde estos lustros. Hoy existe pluralismo en nuestra Iglesia venezolana. Como en nuestra sociedad. Más aún, en este punto somos un ejemplo para ella: ninguna macroinstitución de nuestro país acepta en su seno tanta diferenciación interna como la Iglesia Católica. Es un signo de los tiempos.

Hacia la institucionalización del pluralismo

Sin embargo este hecho del pluralismo, que de muchos modos recibe de la jerarquía signos de aceptación, no acaba de encontrar en nuestra Iglesia cauces institucionales. Tal vez sea aún prematuro y hay que darle tiempo al tiempo. Pero entonces reconozcamos el horizonte y nuestra situación respecto de él. La impresión que nuestra jerarquía se empeña en ofrecer al país de absoluto monolitismo ¿es un ideal? ¿no responde a un horizonte pasado? ¿No debe dar paso a un diálogo evangélico de posiciones legítimamente diversas? ¿No sería eso tremendamente educativo para nuestra Iglesia y nuestra sociedad? Sólo desde ahí cobra realidad la pastoral de conjunto. En cualquier otro caso no pasa de la imposición de un grupo hegemónico de sus puntos de vista, como cualquier plan quinquenal soviético. El resultado está a la vista: el desánimo de los que no se han visto implicados en su diseño ni en la coordinación de su ejecución. Sólo desde el pluralismo aceptado en la doctrina, en la liturgia, en modelos de santidad, en expresiones organizativas y pastorales puede elaborarse una pastoral de conjunto como diálogo constante de la diversidad legítima y como coordinación y jerarquización de las iniciativas de base. Para ello tiene que reconocerse la legitimidad de la libertad y la positividad de la diversidad. Reconocernos significa sabernos parte unos de otros y aceptarnos así mediante la comunión y el diálogo franco, que incluye la corrección fraterna.

Un gran logro de nuestra Iglesia en estas décadas democráticas ha sido el hecho del pluralismo y su permisión, que no es poco. El gran reto que tenemos por delante es el de su lenta y progresiva aceptación e institucionalización.